



AL ÁLVAREZ. *EL DIOS SALVAJE.*
ENSAYO SOBRE EL SUICIDIO. 339 PP.
SANTIAGO DE CHILE, 2014: HUEDERS

Lic. Daniel Vivar Olivares¹

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile

En *El mito de Sísifo*, Albert Camus señala que el suicidio es el único y verdadero problema filosófico (cf. p. 15 de la edición de 1995, Alianza ed.). Determinar si la vida vale la pena vivirla es quizás la cuestión decisiva de la problemática filosófica. Del mismo modo, asegura que el suicidio es un acontecimiento individual que se prepara en el silencio del corazón, no siendo susceptible de estandarizaciones ni de teorizaciones que reducen a meras estadísticas las desesperaciones de los individuos. A esta postura suscribe también el libro de Al Álvarez, *El dios salvaje. Ensayo sobre el suicidio*, en cuyo desarrollo se puede observar el despliegue de diversas experiencias individuales, cada una con sus propias variaciones y motivaciones únicas, no extrapolables a reglas o medidas de subjetivación ideales.

Asimismo, el texto se desplaza por múltiples capas de sentido socio-históricas que le permiten al autor examinar con meticulosidad los distintos modos de subjetivación respecto de los cuales era percibido y considerado el fenómeno del suicidio. Su lectura se erige desde cierto entramado multidisciplinario que va desde la literatura hasta el psicoanálisis, pasando por la sociología y la historia. Esta combinatoria teórico-conceptual le permite al autor abordar el problema desde un horizonte crítico y reflexivo que no sólo señala sus circunstancias históricas, sino también sus insondables circunstancias personales desprovistas de análisis morales o éticos.

En este sentido, la palanca estratégica-conceptual del texto es una constante desmitificación acerca del fenómeno. Los prejuicios que orbitan sobre él han mermado el establecimiento de categorías de comprensión más humanas que posibiliten relaciones acordes a los espacios socio-temporales en los que habitamos. En alguna época pudo ser considerado como un asesinato contra uno mismo y ser castigado con una implacable severidad, pues asesinato y suicidio comportaban la misma significación. En otra época el suicidio representaba el correlato racional de una vida truncada en el ámbito público.² De este modo, Álvarez presenta múltiples modos de aparición del fenómeno suicida según circunstancias precisas. Pero lo que, creemos, funciona como hilo conductor del texto es una suerte de suspensión

¹ Programa de Doctorado en Filosofía. E-mail: danivivaroli@gmail.com

² Estos y otros asuntos similares se tratan en la segunda parte del libro ('Las premisas').



teórica acerca del suicidio que permite aprehenderlo desnudamente y en su potente radicalidad. De ahí que sea posible, a decir nuestro, considerar el suicidio como un “acontecimiento” en el sentido de que este último deviene siempre como aquella “otredad” incalculable que rompe con el equilibrio homeostático del curso vital. El suicidio es, entonces, aquello inclasificable, único, no representable por medio de “resecas estadísticas” ni objetivable por medio de estandarizaciones tanto científicas como religiosas.

De tal suerte, el autor no trata, simplemente, de dar una respuesta categórica al ominoso “mundo cerrado” del suicidio, sino de presentarlo a través de su propia diversificación epocal. De hecho, a lo largo del libro se pueden constatar los distintos pliegues históricos e imbricaciones literarias que se han sucedido en torno a este tópico. Los análisis van desde Dante hasta Dadá, pasando por el Renacimiento, el Romanticismo y la transición al siglo XX. En cada uno de estos períodos emergen figuras del mundo del arte, la literatura, la pintura, la poesía, la historia, la política, etc. cuya mostración impele al lector a considerar el suicidio como el resultado de una miríada de convergencias socioculturales.

Asimismo, el abordaje crítico que Álvarez realiza no desestima los sentimientos, las razones ni los inescrutables motivos que mueven a cada individuo a decidir sobre su vida. Por el contrario, éstos juegan un papel fundamental en el proyecto desmitificante que intenta llevar a cabo el autor.

No se esperen respuestas ni soluciones, pues Álvarez, p. 149, presenta al suicidio como un mundo cerrado, de una lógica propia e irresistible. El propio autor señala: “No ofrezco soluciones. De hecho no creo que existan soluciones, puesto que el suicidio significa cosas diferentes para diferentes personas de distintas épocas” (Álvarez, p. 15). Y más adelante asegura: “En vez de ofrecer respuesta, sencillamente he intentado contrapesar dos prejuicios. El primero es ese tono religioso –hoy en su mayoría usado por personas que, si nos atenemos a sus palabras, no pertenecen a iglesia alguna– que desprecia horrorizadamente el suicidio como crimen moral o enfermedad indiscutible. El segundo es la actual moda científica que, mientras trata el suicidio como asunto de investigación seria, consigue negarle cualquier significado, reduciendo la desesperación a las más resecas estadísticas” (Álvarez, p. 16).

El texto está repleto de casos de “posesión diabólica” que lindan con la fluidez creativa y artística, cuya decantación coincide con la forma del padecimiento suicida y el material que la hace posible. En cierto sentido, dicho padecimiento acrecienta la potencia vital y creadora. Es el caso de la poeta y amiga del autor Sylvia Plath cuyo suicidio lo impactó profundamente. No es casualidad, entonces, que el libro abra con este caso particular y despunte en una cierta teoría del arte. Tampoco es casualidad que el libro cierre con la puesta en escena de la experiencia



individual que el propio autor sostuvo con esta extraña e incontrolable fuerza interna que opera en el ser humano, para desde ahí, señalar que el suicidio es “una reacción terrible pero completamente natural a las necesidades perentorias y antinaturales que nos creamos a veces” (Álvarez, p. 325).

“Abandonarse” es el sugerente título del epílogo con el que Álvarez da cuenta de los meandros psicológicos y físicos a los que se vio enfrentado, y que insta al lector a considerar el suicidio como un acontecimiento humano que toca el nervio central de nuestra existencia y su porqué.

El estudio de Álvarez rebosa originalidad tanto en su contenido como en su estructura. Su prosa es cautivadora, sus ejemplos acertados y también su seriedad en torno a un tema escabroso, pero fundamental para entender las pulsiones y fuerzas que operan en el ser humano. El libro no es, en ningún caso, una apología del suicidio, sino más bien, una invitación a repensar nuestra existencia y sus constantes devaneos. Permite, en este sentido, una vinculación directa con los problemas fundamentales de la filosofía que, a decir de Heidegger (2015), p. 27,³ han caído en el olvido. Pensar el ser es, también, pensar la muerte, pues son constitutivos claves para entender los problemas de subjetivación actuales que adquieren ribetes neurotizantes y alienantes. Olvidar estos constitutivos categoriales es olvidar la esencia de nuestra existencia y, de este modo, someternos acríticamente a las efímeras y fútiles exigencias de las ideologías de turno.

Toda vida comporta un riesgo porque, precisamente, ahí radica el esplendor de su despliegue. Y en ese juego incalculable de hacerse y configurarse vitalmente, aparece constantemente el horizonte de la muerte como la posibilidad más propia del ser humano. Es necesario, entonces, reflexionar sobre la muerte y sus múltiples variables, pues ahí se halla una noción existencial fundamental para entender el accionar humano y su devenir en el mundo. La muerte, a fin de cuentas, es lo que le otorga brillantez y unicidad al complejo entramado de la existencia. El texto de Álvarez recoge esta experiencia vital y nos muestra que a veces esa brillantez puede adquirir la forma del horror.

³ Heidegger, M. 2015. *Ser y tiempo*. Santiago de Chile: Ed. Universitaria.